

XXV
Encuentro
Literario



SÉPTIMO

EL PLATO DE COROZOS

Cecilia Vélez González - Ceci (7ºB)

Hoy era el gran día, el día en que mi mamá me dejaría salir sola por primera vez en toda mi vida, que son sólo tres años, pero en la vida de una ardilla roja de bosque como yo, esos son como trece de un humano.



Yo era obviamente muy aventurera, como casi todas las ardillas (excepto por mi tío Paco que le daban miedo hasta de los corozos). Sí, yo también me pregunté lo mismo, ¿Cómo a una ardilla roja le pueden dar miedo los corozos?

En todo caso, esa mañana del primero de Marzo, el sol brillaba con tanta fuerza que sentía mi suave pelaje ardiendo; las flores “estrenaban” sus nuevos pétalos, los pájaros cantaban, los árboles se movían con el tibio viento y yo salía de mi casa; un hermoso agujero en la mitad de un gigantesco roble.

En ese agujero vivíamos casi que un ejército de ardillas, mi papá, el más grande de toda nuestra colonia, mi mamá, la mejor panadera de toda la cuadra de casas, mi hermana, la tranquila y mis abuelos, los cariñosos.



Ese día mi mamá me preparó el mejor sánduche de chontaduros y corozos, me los empacó con una deliciosa malteada de chontaduro y un pequeño trozo de chocolate de corozo, todo esto en una canastica. Me despedí y salí lista para explorar el mundo. Algo completamente nuevo para mí.



Después de andar y andar me estaba aburriendo, pues no había encontrado nada fascinante en todo este largo recorrido... pero de pronto se abrieron mis ojos (que son bastante pequeños), una hermosa casa, con un gigantesco jardín, y allí al lado de un guayacán pequeño, el más succulento plato de chontaduros frescos y rojos corozos.



¿De dónde salió ese plato? ¿Será que alguien me esperaba y sabía que yo vendría hoy? ¿Alguien sabía que yo existía? Miles de preguntas sin respuesta me empezaron a rondar la cabeza, no encontraba explicación alguna... Lo único que sabía con certeza era que con seguridad me comería los corozos.

Me acerqué lentamente, tratando de ser invisible, cogí el primer corozo con mis patas, lo olí y me subí al guayacán para sentirme más segura y comérmelo con calma, le di el primer mordisco, no fue difícil partir su cáscara, saqué la pulpa y me la comí... sabía delicioso, estaba fresco, jugoso y seguramente lleno de amor del que me los había dejado.



Estuve allí mucho rato saboreando uno por uno esos deliciosos corozos, hasta que el plato no quedó vacío, no me fui. Cuando llegué a casa todos me esperaban ansiosos; yo les conté detalle por detalle, y al otro día volví pero esta vez con compañía para compartir mi delicioso banquete. Mi hermana y mi mamá me acompañaron y ¡se sintió estupendo! Las tres ahí sentadas comíamos y comíamos hasta que nos dimos cuenta de que alguien nos observaba; una niña en pijama nos miraba con ternura desde una ventana que parecía ser la cocina, mi mamá dijo que sería mejor guardar unos cuantos debajo de unas piedras o musgos para cuando quedáramos con hambre poder buscar nuestras reservas y comerlas.

Llegamos a casa y les contamos todo a los abuelos, ya que mi papá no estaba. Después de meterme a mi cama me quedé pensando, ¿sería esa niña la que me dejaba corozos todos los días sin falta? ¿Quién sería ella? Lo único que yo tenía por seguro es que ella me quería sin importar que nunca antes me hubiese visto, también sabía que tenía una nueva “amiga”, y que todas las mañanas encontraría corozos en ese plato, al lado del guayacán.